

expresamente para no dejar pasar el sonido del dolor *sino cuando se desee escucharlo...*

¿Por qué la abren entonces si saben que tras ella resuena el sonido del dolor, y en cuanto este sonido llega, se ponen a cantar para ahogarlo?...

A decir verdad, me repugnan tanto estos personajes que prefiero no verlos más, y recurriendo a la poca energía y coraje que me quedan, abro bruscamente la puerta y me precipito a mi vez en la "galería que grita"... o, mejor dicho, que gritaba, porque ahora está silenciosa, silenciosa... iluminada apenas por un resplandor muy tenue, muy lejano.

Así avanzo hasta el tenue resplandor y me encuentro en un reducido espacio en donde reconozco a los seis personajes que han empujado la puerta momentos antes que yo.

Están sentados absolutamente inmóviles... con las manos en las rodillas, como los dioses egipcios en el fondo de los hipogeos de la antigua Tebaida.

Ciertamente no se mueven más que si fueran de piedra, y un gran criado hindú, al que yo no había visto a lo primero, me acerca una silla rogándome que me siente.

Yo me siento como los otros. ¿En dónde estamos? No se ven más que nuestras sombras de piedra sentadas, iluminadas por esta dulce luz rosada que cae del techo.

Mas de pronto, algo deslumbrante aparece ante nosotros, algo que yo reconozco en el acto, detrás de una reja...

Es una sala con cuatro pilares cuadrados, una sala que yo conozco, toda blanca, como una clínica; pero una sala cuya vista no causa esta noche absoluto espanto..

Ante todo, ¿por qué no he de confesar que sólo el recuerdo de mi primer desvanecimiento ante cierta reja, que no es ésta misma, puesto que se llegaba libremente a ella del lado de los corredores, en tanto que ésta me parece el callejón sin salida de nuestra prisión..., por qué no he de confesar que sólo ese recuerdo me ha hecho moverme en mi silla como alguien que se dispone a emprender la fuga?

¡Ah! ¡La primera vez *los pilares estaban menos blancos!*

¡Ay! ¡Quisiera partir y no me muevo! Y lo mismo me ha pasado desde el comienzo de esta incomprendible velada... ¡Ay! ¡Quisiera comprender y saber por qué hace un momento la galería ha gritado por la garganta del profesor von Hahn, pues al fin y al cabo juraría haber reconocido a través del clamor de dolor la voz gutural del fio Ulrich!

Había cerrado los ojos y vuelvo a abrirlos.

¡Todo está blanco!... ¡Blanco! ¡Blanco!... ¡Es preciso que mire! ¡Es preciso que mire!... ¿Por qué no he de mirar?... ¡Los otros miran!... Es una linda salita de clínica "antes de la operación"... *o después porque descubro al Chino inclinado sobre las losas... y tiene en la mano una esponja rosada...*

En primer término, tras la reja que me separa de la clínica, se halla colocada una larga mesa

ovalada, cubierta de un tapete deslumbrante en la que el Chino, que acaba de levantarse, se pone a clasificar ciertos instrumentos de trabajo relucientes.

Hoy el Chino está embellecido. Ya no tiene aquella indumentaria sórdida que le hacía parecerse a los mendigos de los barrios peligrosos de Cantón. Se ha ataviado para la ceremonia. Tiene buen aspecto, con su cabeza afeitada, su larga coleta que le cae hasta la mitad de la pierna por encima de su especie de casulla, con su guerrera y su ceñido pantalón celeste y sus babuchas en forma de galera...

Tiene gestos meticulosos para clasificar sus instrumentos, los cuales me son igualmente conocidos. Sin embargo, no ha sido en mis correrías a través del antiguo Oriente donde los he visto por primera vez y he aprendido a conocer su espantosa "utilidad".

Fué al venir de comprar una corbata en un gran almacén de la orilla izquierda de París, en que, al encontrarme por pura casualidad ante el edificio de las Misiones, penetré en un jardín lleno de sombra y de frescura, sintiéndome feliz al descubrir un rincón tan tranquilo, después del embrutecedor tumulto de los grandes almacenes. Desde el jardín, que era público, penetré en una especie de locutorio que estaba enrejado también, y alrededor del cual se había dispuesto en vitrinas muy científicamente una exposición permanente de los instrumentos de suplicio más interesantes, ilustrados por el martirio de los más célebres misioneros.

Apenas me había inclinado sobre aquellos objetos fúnebres y sagrados, cuando un joven sacerdote que se preparaba, según me dijo él mismo con un encantador entusiasmo lleno de dulzura, a ir a convertir los países en que se fabricaba toda aquella "cerrajería de arte", se puso a mi disposición para instruir mi aturdida ignorancia.

Y así es como pude reconocer entre las manos del Chino los instrumentos que había manejado ante mí, con su amable sonrisa mística, el joven sacerdote misionero que me encontré una mañana en que venía de comprarme una corbata (1).

He ahí las cinco varillas de bronce, de veinte centímetros de largas, que han de intercalarse entre los dedos de cada mano y de cada pie y que luego se atan sólidamente de cada lado, de modo que compriman fatalmente las falanges. Se pone al mártir de rodillas, se le ata a un pilar, y luego se tira de las varillas por medio de cuerdas con sacudidas bruscas, y a cada tirón las falanges crujen, dolorosamente distendidas, hasta que quedan arrancadas.

¡Ah! ¡Ah! ¡He ahí las pequeñas pinzas para arrancar las uñas y los ojos!.. ¡Las reconozco!.. ¡Las reconozco!

Estas están muy limpias, fregadas, en condiciones, y las otras, las que me enseñaba el mi-

(1) Este Museo de los Suplicios es real. Allí es donde el firmante de estas líneas ha podido reconocer la exactitud de las impresiones y del relato de Herbert de Renich.

sionero, estaban mohosas aún por la sangre del martirio, pero son la misma clase de pinzas especiales, con su ingeniosa forsión y que parecen cogerle y pellizcarlo a uno desde lejos.

¡Y quizás se crea que voy a seguir mucho tiempo contemplando esto!...

Pero ¿por qué siguen estas gentes sentadas tranquilamente a mi alrededor?... ¿Por qué?

¡No esperes a comprender!... ¡Huyel!...

¡Ah! ¡He ahí las pequeñas aceiteras (como las de nuestros mecánicos) para verter aceite hirviendo (según me dijo el misionero) en las llagas de la carne ensangrentada!...

¡Ah! ¡He aquí también sólidas planchas provistas de puntas de hierro y hojas de cuchillos tan brillantes, tan relucientes! Pero no sé para qué podrá servir. ¡El misionero no me lo ha dicho! ¡Ni quiero saberlo! ¡No quiero saber más nada!... ¡Quiero huir!...

—¡Vámonos! ¡Vámonos! — exclamé en voz alta.

—¡A fe mía! ¡Vámonos! — dijo uno de los oficiales que estaban allí—. Vámonos con este caballero, puesto que ya no hay nada que ver.

—¿Y qué es lo que han visto ustedes? ¿Qué es lo que han visto ustedes?

—¡Oh! ¡Ha sido muy rápido, a decir verdad!... ¡El Chino le ha cortado la lengua al Herr Professor!...

¡Yo huyó! ¡Yo huyó!...

¡Horror y monstruosidad! ¡Maldito sea el capitán Hyx! (Lo escribo como lo pienso.) ¡Imagínalos que el tío Ulrich ya no tiene lengua!... Qui-

zás otros encuentren esto risible; pero yo os digo que esta acción es abominable!...

¡Acaso se le devuelva algún día si es sensato!
¡Pero a decir verdad, será ya un regalo inútil, un recuerdo muerto para encerrarlo en un relicario, porque ya no se moverá nunca en su boca, la lengua aquella con que el profesor Ulrich von Hahn, de la universidad de Bonn, pronunciaba tan bellos discursos sobre el martillo de Tor y sobre la espada invencible del descendiente de Arminio!...